



El honor perdido

¿Cómo actuaron los autores, artistas e intelectuales franceses durante la Ocupación alemana? ¿Plantaron cara al enemigo? La respuesta, demoledora, la da Alan Riding en «Y siguió la fiesta»

¿Qué fue la resistencia literaria en la Francia ocupada? Jean Galtier-Boissière, un escritor satírico que escribió un divertido diario de la Ocupación, la resume así: «Hay poetas que escribieron una cuarteta sobre Hitler para un periódico confidencial (llamado *Clandestino*) bajo seudónimo que hoy creen sinceramente que fueron ellos quienes salvaron Francia». La vida en la Francia ocupada y, sobre todo, en París, fue a veces tan normal que, como contó el mismo Sartre, la noche del desembarco del día D, él, Beauvoir, Camus y su novia, la actriz María Casares, así como Michel y Louise Leiris y Raymond Queneau, se encontraban en una fiesta en casa de Charles Dullin, director del Théâtre de la Cité.

Incluso después del desembarco de Normandía, la vida cultural de París prosiguió, si cabe, más activa. *Le soulier de satin*, de Claudel, y *Huis clos*, de Sartre, continuaban siendo representadas en el teatro, mientras se trabajaba en películas como *Les Enfants du paradis* o la Filarmonía de Berlín daba sus conciertos. La Wehrmacht llenaba los palcos de la Ópera y la Ópera Cómica.

Unos pocos héroes

Sartre, que escribió, publicó y representó dos obras teatrales durante la Ocupación y no sale muy bien parado en el libro de Alan Riding, confesó que durante esos años había dos opciones: colaborar o resistir. ¿Qué hizo él? Como la mayoría de los intelectuales, artistas y escritores franceses, colaboró en la normalidad de la vida cultural y resistió, ya muy al final, cuando el cambio era seguro e inevitable. Fue liberado de un campo de prisioneros por motivos de salud en 1941 y se marchó a dar clases a un liceo ocupando la plaza de un maestro judío expulsado. Sin embargo, el mundo cultural francés durante la Ocupación tomó varios rumbos más que los dos esquemáticos enunciados por el autor

**LOS MENOS
COMBATIERON,
LOS MÁS SE
ESCONDIERON, Y
UN BUEN GRUPO
FUE CÓMPlice DE
LOS NAZIS**

de *La náusea*. Los menos combatieron, los más se escondieron y exiliaron; otros colaboraron sui géneris, y un buen grupo fue, activa o pasivamente, cómplice de las tropas extranjeras.

Héroes entre la cultura francesa, más bien pocos. Algún mártir como Max Jacob, muerto en el campo de concentración de Drancy más por ser judío que escritor, a pesar de que se había convertido al cristianismo y era un ferviente católico; Desnos detenido, deportado, muerto en Checoslovaquia en otro campo de concentración. Por lo demás, casi todos supervivientes.

Las frivolidades de la guerra

Bernstein, Maurois, Milhaud o Breton partieron a Estados Unidos. El padre del surrealismo, cuando regresó a Francia, aún tuvo la desfachatez de criticar a Aragon y Éluard por haber puesto su arte al servicio de la política. Bernanos permaneció en Brasil; Péret y Jules Romains, en México; Gide, en Túnez, y Saint-Exupéry también en EE.UU. desconfiando de De Gaulle. René Char fue de los pocos que se negó a expatriarse.

En sentido contrario, Morand y Paul Hazard regresaron a una Francia que, según ellos, estaba en orden y era ajena a la revolución. Mauriac, Paulhan, Aragon, Éluard o Malraux resistieron cada uno a su manera. Aragon permaneció en el sur, aunque al final de la guerra se incorporó a la Resistencia. Malraux no salió de la Costa Azul y rechazó incorporarse a la Resistencia por creerla inútil, al carecer de armamento. Solo se movió cuando las tropas aliadas habían desembarcado. Mauriac incluso llegó a apoyar a Pétain y Cocteau escribió en su diario: «Uno no debe permitir bajo ningún concepto que las frivolidades de la guerra lo distraigan de los asuntos serios». Montherlant y Drieu La Rochelle, a pesar de ser de ultraderechas y pronazis, pusieron durante una temporada rumbo al sur. El gran Le Corbusier se trasladó a Vichy e intentó obtener trabajo allí. Criticó a los judíos porque

**BUENOS
RECUERDOS.
«Poníamos
discos, bebíamos
y pronto
empezábamos a
dar bandazos
por toda la casa,
aturdidos.» Así
se refería Simone
de Beauvoir a las
fiestas en el
París ocupado.
Sobre estas
líneas, Picasso
rodeado de
amigos como
Sartre, Camus y
la propia
Beauvoir en una
fotografía
tomada en la
capital francesa
el 19 de marzo
de 1944**

«su sed ciega de dinero había corrompido el país». Esperaba ser contratado para ejecutar el plan de renovación urbanística de Argel. Al ser rechazado, regresó a París. Picasso permaneció en la capital ocupada y no aceptó viajar a Alemania. Cuando Jünger lo visitó en su casa, Picasso le dijo al escritor y militar alemán: «Usted y yo, aquí sentados, podríamos negociar la paz esta tarde; por la noche los hombres podrían sonreír».

Ni una sola línea

Los alemanes, a pesar de su ferocidad, fueron más transigentes con los famosos creadores, les fueran o no cercanos a sus ideas. Aragon, Éluard, Colette o Camus, entre otros muchos, publicaron libros y siguieron trabajando durante la Ocupación. Otros escribieron en publicaciones más o menos comprometidas con los invasores. Paulhan y Camus trabajaron para la complaciente editorial Gallimard. Sartre y Beauvoir eran profesores de instituto. Gide y Valéry colaboraron con Drieu en la *Nouvelle Revue Française*. Solo Guéhenno se negó a publicar una sola línea: «¿Qué necesidad hay de escribir ahora?».

¿Debió todo el mundo de la cultura francesa salir en masa frente a los alemanes,





COLECCIÓN ABC

PARÍS ERA UNA FIESTA. A pesar de la invasión de las tropas alemanas, la ciudad -cuenta Alan Riding- no perdió su alegría y su esplendor. Bajo estas líneas, Édith Piaf, Joséphine Baker en un cartel de la época y Jacques Tati. Los tres, como muchos otros artistas, siguieron actuando con asiduidad durante la Ocupación



plantarles cara y fenecer en ese intento heroico? Muchas ideologías, intereses, rencillas, temores y miedos los dividían. ¿Los artistas e intelectuales franceses fueron tan leales como muchos de sus compatriotas anónimos que murieron en la Resistencia? Del magnífico y documentado libro de Riding se desprende rotundamente que no. La industria cultural francesa, en general, prefirió sobrevivir, a veces sin honor, a morir con él.

Comités de depuración

El ensayo se detiene en otros muchos aspectos de la vida del París ocupado por los nazis: cine, teatro, música, arte, moda, gastronomía, la noche, los salones, los cabarés y *music halls*, los expolios, la canción popular. Por ejemplo, se refiere ampliamente a Chevalier, Tati, Joséphine Baker, Piaf o Trenet, que actuaron asiduamente durante la Ocupación.

Los comités de depuración, después de la guerra, investigaron, interrogaron e hicieron listas de los colaboracionistas. Pero todo se desarrolló caóticamente. Riding habla de «procesos incestuosos» donde se mezclaban

NORMALIDAD ABSOLUTA EN PARÍS: LA NOCHE DEL DÍA D, SARTRE Y SU GRUPO ESTABAN EN UNA FIESTA

la amistad, el compañerismo, los celos, la venganza. «No recuerdo un solo caso en el que un intelectual francés rechazara una invitación para asistir a una recepción en la embajada alemana en París», les dijo Abetz a los interrogadores franceses después de la guerra.

Una cosa era evitar el colaboracionismo político-militar y otra el intercambio de ideas en el plano cultural. Difícil de entender esto en un país ocupado, pero muchos intelectuales lo justificaron así. Además, hubo otro asunto muy relevante que contribuyó a ese caos: la lucha de poder entre comunistas, que dominaban los comités de depuración, y otros grupos más moderados, que trataban de evitar venganzas personales o ideológicas. Rencillas personales y envidias profesionales influyeron en las condenas, lo mismo que las viejas amistades, como en la propia guerra, ayudaron a imponer castigos menores. Por ejemplo, Aragon denunció a Gide no por colaboracionismo con los alemanes -algo que jamás hizo-, sino por haber escrito, después de su viaje a Moscú, contra la falta de libertad en la URSS.

Los castigos que muchos recibieron fueron más por oponerse al Partido Comunista que por otra cosa. Paulhan escribió que con los comunistas llevando las riendas, la depuración intelectual empezaba a parecerse, cada vez más, a las purgas estalinistas. Estos asuntos fueron motivo de un enfrentamiento dialéctico entre Camus y Mauriac.

¿En qué consistía haber sido colaboracionista. Incluso Picasso había colaborado con el enemigo por el simple hecho de recibir en su casa a un alto cargo del ejército alemán como Jünger? ¿Cómo se podía medir todo esto, excepto en casos tan llamativos como los de Céline, Drieu, Brasillach, Montherlant y algunos otros declaradamente ultraderechistas o pronazis?

Volar un puñado de puentes

A pesar de todo este caos, el comité de depuración de los escritores fue el mejor organizado. En su comisión de depuración estaban Éluard y Queneau, entre otros. Hicieron una lista de doce traidores y otra de ciento cincuenta y tres indeseables. Entre los traidores, Céline, Drieu, Brasillach, Montherlant, Giono, Jouhandeau. Drieu salió de la lista suicidándose y Brasillach fue el único fusilado; el resto apenas pasó unos pocos meses en prisión. Los escritores hacían listas de escritores, pero a la vez también trataban de protegerse entre sí.

Los alemanes detuvieron a contados resistentes culturales porque, entre otras cosas, eran poco belicosos. La resistencia cultural tenía un efecto movilizador mínimo. ¿Qué logró la resistencia cultural? Salvó mínimamente el honor y mantuvo cierta esperanza, pero jamás llegó al gran público. Sartre se justificó afirmando que «nuestro trabajo consistía en decirles a los franceses que no íbamos a dejarnos gobernar por los alemanes. Ese era el trabajo de la Resistencia, y no volar un puñado de puentes o de trenes aquí y allá». ¿Quiénes contribuyeron más a la liberación, los voladores de puentes o los intelectuales como él?

¿La cultura francesa durante la Ocupación alemana fue cobarde? ¿Debería haber salido unida en defensa de la patria? ¿Hubiera valido la pena su ejemplo? ¿Debieron seguir actuando, cantando, interpretando, pintando, rodando, escribiendo o publicando sin más? ¿Sirvió para algo el sacrificio de aquellas otras personas anónimas que, a su manera, defendieron el honor de su país y cuyos nombres aún leemos en las placas colocadas en los edificios de París donde fueron detenidos y ajusticiados? ¿Estaba bien lo que hicieron muchos intelectuales franceses mientras millones de jóvenes de otros países morían por la libertad? El libro de Riding no opina, aunque de lo que cuenta el lector puede desprender que gran parte de la cultura francesa colaboró, evitó la confrontación, prefirió salvarse, resguardarse. ¿Hubiera sido preferible haber perdido a Sartre, Camus, Duras, Valéry, Picasso, etc., como perdimos a Benjamin u otros?

CÉSAR ANTONIO MOLINA

Y SIGUIÓ LA FIESTA. LA VIDA CULTURAL EN EL PARÍS OCUPADO POR LOS NAZIS ALAN RIDING Traducción de Carles Andreu. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Barcelona, 2011. 489 páginas, 25 euros ★★★★★